

FRANCISCO LÓPEZ SERRANO

SACRIFICIO
DIARIO DE UN MATARIFE



XXII PREMIO DE NOVELA CIUDAD DE BADAJOZ

algaida



Un jurado compuesto por Luis Alberto de Cuenca, Paloma Sánchez Garnica, Fernando Marías, Miguel Ángel Matellanes, Manuel Pecellín y Juan Manuel de Prada concedió a la obra titulada *Sacrificio diario de un matarife*, de Francisco López Serrano, el XXII Premio de Novela Ciudad de Badajoz, que fue convocado por el Excelentísimo Ayuntamiento de Badajoz.



Ayuntamiento de Badajoz

Diseño de cubierta: www.agustinescudero.com

Primera edición: 2019

© Francisco López Serrano, 2019

© Algaida Editores, 2019

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9189-125-3

Depósito legal: SE. 406-2019

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

El matadero deriva de la religión en el sentido en que los templos en épocas remotas tenían una doble función: servían al mismo tiempo para las plegarias y las matanzas. De donde resultó sin duda alguna (lo podemos juzgar por el aspecto caótico de los mataderos actuales) una perturbadora coincidencia entre los misterios mitológicos y la grandeza lúgubre característica de los lugares donde corre la sangre.

GEORGES BATAILLE, *Diccionario crítico*

Si añadiéramos la sangre de los sacrificios a nuestros cócteles la vida nocturna sería más orgiástica y excitante y nuestros clubes nocturnos se convertirían en templos sagrados como en los días de Príapo y Afrodita.

W. B. SEABROOK, *La isla mágica*

¿Quién sabe si el aliento del hombre sube a lo alto y el de las bestias desciende a lo profundo de la tierra?

Eclesiastés, 3, 21

Ofreced vuestros cuerpos como sacrificio vivo.

Epístola de Pablo a los Romanos, 12, 1 y 2

CON LA EDAD NO PERDEMOS MEMORIA SINO ILUSIÓN. LAS cosas se desprenden de las connotaciones emotivas que las hacen fijarse al recuerdo. Por eso he olvidado lo que sin apetito comí hace unas horas, la película que sin interés vi anteayer, el libro que me obligué a concluir hace una semana, el rostro de la mujer con la que anoche, de forma rutinaria, intercambié dinero por sexo. He olvidado todas esas cosas inmediatas y sin embargo recuerdo otras lejanas en el tiempo, momentos que quedaron grabados a fuego en mi memoria porque poseían esos aditivos preservadores del recuerdo que son la emoción, el deseo o el goce. Por eso, a pesar del tiempo transcurrido, jamás he podido olvidar a Aurora. Recuerdo la sensación de suavidad y calidez que transmitía su cuerpo, la ternura de sus caricias, la dulzura de sus besos. Recuerdo su voz cálida, sus delicadas facciones cuya definitiva belleza no se revelaba al primer vistazo, sus ojos verdes, su melena castaña con destellos rojizos bajo la luz madura. Recuer-

do la resistencia sedosa de su coño al penetrar en él. Y sin embargo jamás he podido recordar cómo la maté.

¿Se puede olvidar la resistencia que ofrece un cuerpo cuando se introduce en él la afilada hoja de un cuchillo? ¿La implorante mirada de terror que una víctima clava en tus ojos? ¿La cuenta atrás de un corazón que apagamos? ¿Se puede olvidar el dolor atroz infligido a quien amamos? Hace más de cien años, un tipo preso en una cárcel proclamó en un poema memorable que todos los hombres matan lo que aman. Pero ¿qué nos induce a matar lo que amamos? Yo, que leí en la cárcel aquel poema, dispuse de veinte años de reclusión para contestar a esa pregunta. Y para recordar cómo ocurrió. Ninguna de ambas cosas he logrado.

Recuerdo haberla visto muerta sobre el lecho. Recuerdo la sangre en mis manos. El cuchillo caído junto al cuerpo inerte. Su suave garganta, que tantas veces besé, cercenada como una mueca de enojo abierta en el mármol, mostrando con impudicia las vértebras cervicales. Los ojos muy abiertos y muy verdes, concentrados en la nada. Pero nunca llegué a saber lo que pasó justo antes.

Cuando un hecho cualquiera se convierte en palabra escrita se desprende de ciertos elementos inherentes al mundo cotidiano y adquiere otros que son exclusivos del texto, estos elementos son estereotipos mentales insoslayables. Sin pretender eludir los condicionamientos del texto, con su realidad taxidermizada, estas notas aspiran a dar respuesta a este estereotipo: «Un individuo mata a su compañera sentimental tras una discusión. Al oír los gritos, los vecinos alertaron a la policía, cuyos efectivos

irrumpieron en el domicilio hallando el cuerpo sin vida de ASR de 23 años. La víctima había sido degollada. El presunto autor, JHS de 25, se hallaba junto al cadáver en estado de *shock*, y se entregó sin oponer resistencia. En lo que va de año son ya 55 las muertes por violencia de género perpetradas en nuestro país».

Luego viene la construcción del móvil y las consideraciones legales. Suprimí de manera cruenta a una mujer que amaba. ¿Es el amor en este caso un agravante? ¿es un atenuante?

Los psiquiatras forenses, tras intentar por todos los medios demostrar mi impostura sin lograrlo, dictaminaron, no sin renuencia, amnesia disociativa, una forma de enajenación que acontece después del acto, pero no antes, así que mi abogado no pudo utilizar el dictamen como eximente, por lo que tuvo que centrar su defensa en otras circunstancias modificativas de la responsabilidad penal como la embriaguez y el arrebato. Nadie puso en duda que yo era el autor de aquel crimen. Yo menos que nadie. Pero ni siquiera durante esos veinte años a la sombra, esos veinte años en el infierno, con todo el tiempo del mundo para dedicarse a rechinar los dientes y las meninges, he sido capaz de recordar aquel momento ni el motivo ni el impulso que me llevó a hacer aquello. Las tinieblas han ocupado en mi mente el lugar que debería haber ocupado el recuerdo de aquel acto y jamás se han disipado.

A menudo, durante mi prolongada estancia en prisión, deseé y temí que aquellos momentos volvieran a mi memoria. Traté de escarbar en lo más profundo de mí mismo buscando algún vestigio, un tenue borrador, de lo que

sucedió aquella noche en aquella habitación, un breve destello, una imagen fugaz que, como los viejos fotogramas de las proyecciones de los antiguos cines de barrio, irrumpiera en mí para fundirse en el fuego de los días hasta desaparecer por completo. Acaso alguna vez ocurrió. Tal vez aquellos momentos borrados me fueran revelados en un sueño del que no guardé memoria al despertar, pero del que quedó un leve poso en mi ánimo, una terrible sensación de desolación sin causa aparente que habría de acompañarme durante todo el día.

Es cierto que en los últimos tiempos discutíamos con frecuencia, sobre todo al final, y que se mostraba conmigo indiferente y distante. También es cierto que a menudo se ausentaba sin motivo, a veces durante largos periodos de tiempo, y no era capaz de justificar de forma satisfactoria la razón de su ausencia. Aquel mismo día, el de su muerte, me confesó que había conocido a otro hombre y estaba decidida a dejarme. Solo recuerdo que tras aquella revelación bebí, bebí casi hasta caer en coma, y ahí terminan mis recuerdos de aquel día.

Pero no quiero seguir hablando del pasado, al menos por ahora. Quizás el pasado, esa inmensa tierra de nadie que uno puede poblar y despoblar a su antojo, en la que cabe todo lo vivido y lo no vivido, todo lo pasado y lo no pasado, sea después de todo un territorio insuficiente para albergar ciertas cosas.

TRABAJO EN UN MATADERO. TODAS LAS NOCHES (ACTÚO con nocturnidad) llego a la gran nave donde oficiamos el Sacrificio. Con un sentido casi litúrgico, me coloco el mono impermeable, el mandil, las botas de goma, las orejeras por las que brota una música idílica, y aguardo a que mis víctimas, previamente atronadas, vayan pasando ante mí suspendidas de un riel por las patas para recibir la muerte de mis manos y alejarse luego por el carril de desangrado hacia las zonas de desuello y despiece.

Mato sin parar, a tiempo completo. Es bueno que la sociedad saque provecho de las habilidades de uno después de haber invertido sus recursos en ellas durante veinte años. Mato con la esperanza de que alguno de esos actos me devuelva aquel acto primero. Mato para poder recordar que una vez maté, para recuperar el recuerdo de lo que hice, pues solo ese recuerdo perdido, y no los veinte años a la sombra, conseguirá saldar del todo mi deuda. Busco en todas estas muertes aquella

primera muerte, la muerte de la que todas estas, de algún modo, derivan.

Pero aquí la palabra muerte es tabú. La palabra que justifica y da sentido a este horror es sacrificio, una palabra llena de connotaciones y resonancias religiosas, la muerte ritual ofrendada al dios. Y en cierto sentido no se trata de un eufemismo, sino que expresa la pura realidad de lo que aquí hacemos. Nuestra condición es la de aquellos arúspices que examinaban las vísceras de un animal sacrificado para adivinar el porvenir. Nosotros vemos en las entrañas de los miles de animales que sacrificamos el futuro aciago del mundo. El sacrificio que llevamos a cabo se asemeja a aquellas hecatombes de las que hablan los textos de la antigüedad, pero lo que sacrificamos lo hacemos en nombre de una deidad insaciable, de una deidad cuya sed de sacrificio jamás se agota.

Alguien dijo que los mataderos deberían estar hechos de cristal y situados en el centro de las ciudades para que todo el mundo pudiera ver lo que ocurre en ellos. Yo propondría que los mataderos fueran de visita obligada para todas las escuelas e institutos. Del mismo modo que los colegios organizan visitas educativas a museos y catedrales (el estudioso rebaño conducido por los responsables y atentos maestros que solemos ver a menudo en nuestras ciudades), deberían organizarse visitas guiadas obligatorias a mataderos. Que todo el mundo pudiera ver de dónde proviene la carne que con tanto deleite se comen. El dolor y el horror del que procede. Que todo el mundo pudiera ser testigo del sacrificio que aquí se ofrenda a sus estómagos. Ignoro

qué porcentaje de vegetarianos y matarifes resultaría de tales visitas.

Los mataderos son algo de lo que nadie habla. Ese secreto submundo donde el dolor y el horror no llegan a los oídos de nadie, ni siquiera a los de quienes estamos ahí con nuestros mazos, pistoletos y jiferos, con nuestras picanas y nuestras sierras eléctricas.

Nos pagan para hacerlo y lo hacemos. Todo este dolor y este horror tienen una justificación universal: la Demanda.

A excepción de los supervisores y encargados, soy el único español que trabaja en la cadena de sacrificio, los demás son casi todos rumanos y de otros países del Este. En mi sección y turno también hay un nigeriano y un brasileño. Algunos tienen una larga experiencia con la muerte. Sospecho que más de uno arrastra como yo alguna muerte humana por la que ya ha pagado su precio y que, al contrario que yo, recuerda cuando está a solas en su casa; justo antes del sueño o al levantarse, en esos instantes de introspección matinal en los que uno mea, perplejo, sobre el esmalte del inodoro.

Tengo una gran pericia a la hora de degollar a mis víctimas, pero alguna no llega por el riel aéreo lo suficientemente aturdida, se contorsiona y así es imposible intervenir, así no hay modo humano de apaciguarla con una muerte piadosa. A veces esto ocurre con demasiada frecuencia. De las reses, una de cada tres o cuatro no llega atronada. Entonces, aunque desde mi posición no alcanzo a verlo, sé quién se encuentra en el encerradero manejando la lanza eléctrica o el martillo. Por el número de

piezas que me llegan insuficientemente atronadas puedo saber quién se ocupa en ese momento del cajón de aturdimiento.

Otras veces el flujo estable de piezas apaciguadas se altera de repente y comienza a aparecer un número excesivo de reses conscientes. Esta afluencia dura unos minutos y entonces sé que el trabajador veterano se ha tomado un respiro, para comer un bocado o hacer una necesidad, y le ha sustituido cualquier chapucero de mano vacilante.

Cuando todo funciona, mi cuchillo es como una caricia amorosa. La sangre salpica con fuerza sobre el foso. Me habla, pero no la oigo. Todos aquí hacemos oídos sordos a la sangre, al dolor, al horror.

Una vez, sin embargo, me quité los cascos y escuché el lamento del mundo. Advertí que todos aquellos gritos componían un terrible clamor, un eco kármico que brotaba de las entrañas de la tierra, en el que se sobreponían, en una especie de palimpsesto sonoro, todos los gritos de espanto y de dolor de la historia, el lamento proferido por todas las criaturas sacrificadas, los gritos de todas las especies abatidas. Todo aquel clamor provenía de infinitas capas de realidad superpuestas, de remotos tiempos que confluían de repente en éste. Desde el balido de terror del cordero expiatorio de Abel cuyo sacrificio agradó a Jehová, aquel inveterado carnívoro que despreció la ofrenda agraria de Caín, al desesperado mugido de la última res degollada por mi cuchillo. Todos estaban presentes, todos sonaban nítidos y enloquecidos en la bóveda de aquella nave industrial.